

## MEDITACION ARGENTINA FRENTE A TOLEDO

**M**UY cerca de Madrid está Toledo, y mi primera excursión fue para visitar esta ciudad única.

Toledo es la alegoría arquitectónica de España a través de su accidentada historia, símbolo plástico de las invasiones que han echado sus oleadas de sangre sobre el suelo español.

La planta de esta ciudad, nudo rocoso de la meseta peninsular, es una península ella misma, ceñida a tres rumbos por el Tajo, río de aguas transparentes, cauce cortado a pique en la piedra desnuda. Este lugar, en tiempo de los carpetanos autóctonos, fue ya un castillo que los romanos tomaron antes de nuestra era. Por la Puerta Bisagra (o Bib Chacra), que da salida hacia la Vega, vi ruinas de un circo y de un templo de Hércules, restos de la Toletum que Tito Livio menciona. Cerca del Puente de Alcántara vi en las murallas trozos de la época visigótica, cuando aquí reinó Wamba, en el siglo séptimo, y restos de la época morisca, cuando, después del siglo octavo, esto era la Tolaitola de los árabes. Recorriendo sus barrios, llegué a la Judería, donde los ricos sefardíes del siglo XIII edificaron una casa fuerte para guardar sus tesoros (la Sinagoga del Tránsito), que el rabino Miser Aldeli construyó en estilo mudéjar a expensas de Samuel Leví, tesorero de don Pedro II, rey cristiano. La edificación es dédalo de tortuosas callejuelas y caserío abigarrado en que es posible hallar muestras de todos los estilos. Un tinte morisco asoma en ciertas fachadas grises, de rojos tejados, pero debajo yace lo latino, lo gótico, lo hebreo, y por encima descuellos la ulterior grandeza, marcados los templos, como San Juan de los Reyes, con las iniciales de Isabel y Fernando, o bien las águilas bicéfalas de Carlos V esculpidas sobre los alcázares y los pórticos.

En medio del caserío álzase la catedral, enorme fábrica gótica, bajo cuyas bóvedas, a la hora del crepúsculo, sentí el alma de Toledo tal como llegó a ser en la época de su máximo esplendor; potencia de fe, de sabiduría, de heroísmo, que superó las efímeras etapas anteriores. El monumento domina la ciudad, con tal sugestión, que dos novelistas anticlericales han cedido a su influjo: Blasco Ibáñez, en «La Catedral», y Pérez Galdós, en «Anjel Guerra». Ambos describen la vida de Toledo y la de aquella criatura del arte, animada por una emoción que impregna a todo un pueblo. Sus cimientos se asientan sobre las ruinas de una mezquita que destruyó Fernando el Santo, y varios siglos tardó la edificación. Se llega a su ámbito de cinco naves enormes, por grandiosos pórticos labrados. La luz se filtra en las historiadas vidrieras; columnas de mármol, graderías de jade, verjas de metal, numerosas capillas que son otras tantas iglesias laterales, sillerías maravillosas por su talla, sepulcros de reyes; altares, retablos, facistolos, nichos, iconos. Allí están la «Adoración», del Greco; el «San Francisco», de Alonso Cano; la «Custodia», de Arfe, que pesa 10.000 onzas, más la cruz labrada con el primer oro que se llevó de América. Allí están, en la biblioteca contigua, incunables y manuscritos arcaicos, talmudes, coranes, biblias. Bien se nota que ésta es la Primada de las iglesias españolas, y aquí ejercieron su ministerio cardenales como Jiménez de Cisneros, el mentor de doña Isabel la Católica, o don Bernardo de Sandoval y Rojas, el mecenas de Cervantes. Varias generaciones de artistas han dejado en ella rastro de edades y escuelas, desde el gótico al churrigueresco, pasando por el Renacimiento, como en el resto de la ciudad. La catedral es por dentro una fastuosa enciclopedia histórica de España, como Toledo lo es en torno de ella.

Salí a andar por esas calles sin plan fijo y como en un sueño. El vecindario toledano ha hablado latín, árabe, godo, hebreo, antes de haber hablado castellano. Más años duró esta poliglota que los que lleva de reinar allá nuestro idioma. Ecos de aquellas viejas len-

guas resuenan en los nombres de sus lugares. En los templos de sus colinas se adoró a Netón, a Júpiter, a Jehová, a Mahoma, antes de haber adorado a Cristo; y el dejo de los cultos preféritos subsiste aún. Por estas calles donde yo paseo ahora han paseado, cuando eran dueños de ellas, gentes que vistieron togas romanas, armaduras góticas, turbantes orientales, ornamentos talmúdicos, antes de que se formara el Estado español. Pero todo eso se ha fundido en un nuevo ser. Rara ciudad, morisca y cristiana, señorial y pobre, vetusta y eterna; mas, a pesar de tan heterogéneas tradiciones, ciudad esencialmente española.

El peregrino indiano va soñando este sueño y se emociona al encontrar en las cosas lo que leyó en novelas, en historias, en dramas, en leyendas, en romances. He ahí el paseo de Recaredo, rey godo. He ahí el Baño de la Cava, donde el rey Rodrigo vió a Florinda desnuda. He ahí la iglesia donde se arrodilló el caballo del Cid cuando entró con Alfonso VI en Toledo reconquistada. He ahí el Alcázar, varias veces destruido y refeccionado, donde Alfonso el Sabio residió con su corte poliglota. He ahí las cadenas de los cautivos cristianos que doña Isabel libertó cuando tomó a Granada. He ahí el Cristo de la Vega, cuyo milagro contara Zorrilla. Por aquí anduvieron el Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas, Garcilaso, Lope, Tirso, Cervantes. Desde la plaza de Zocodover se sube por la cuesta del Carmen hasta la Posada de la Sangre, que es, según tradiciones, el Mesón del Sevillano, descrito en «La ilustre fregona», la hermosa novela cervantina; y a fe que las formas arquitectónicas y el ambiente parecen confirmarlo.

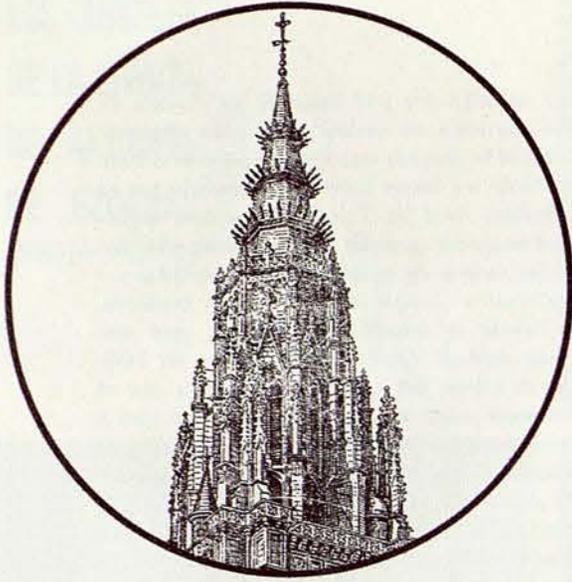
¡Horas de lección deliciosa para mí las de este vagar toledano! La historia, tan descarnada en sus noticias, tan escueta en sus cronologías, toma ante mis ojos figura y animación. El tiempo se hace espacio. El pasado sobrevive, prodigiosamente. Siglos y piedras. Ciudad para ser contemplada y meditada.

El corto pasado de Buenos Aires, con sus pocas reliquias, no permite a un argentino adquirir una conciencia histórica densa y profunda. La tradición es para nosotros una abstracción pobre en formas, que se confunde con el paisaje virgen. La pampa es un ámbito subjetivo y musical: carece de piedras. Quizá proviene de esto nuestra ligereza imprevisora, nuestra sensualidad política, nuestra acción sin continuidad ni tenacidad. Trabajamos para lo actual y no para lo eterno. Por eso esta lección de cosas toledanas me penetra con su aliento vital, me ensancha, me arraiga, me sacude, iluminando lo que es el verdadero sentido de la historia, que no es la ciencia de la historia. Esta es erudición; aquélla es conciencia de la vida del hombre, en un destino de patrias, culturas y generaciones.

Pero hallo otra enseñanza más concreta en Toledo, después de haber andado en su dédalo de estrechas y tortuosas callejuelas como por las quebradas de una serranía. De la ciudad amurallada es posible salir bruscamente a los llamados Montes de Toledo por la puerta y puente de San Martín, o los de Alcántara, pasando el río. Desde las alturas de Nuestra Señora del Valle, Toledo parece una fortaleza; dentro de ella, sin embargo, se ha sedimentado la labor de diferentes razas invasoras.

Ahora estoy sentado sobre una roca, en la otra margen del Tajo; miro desde ese otero la ciudad única, y transportado por la revelación pienso con alegría de argentino:

—¡Luego, pues, tal suceso era posible! Era posible que el paisaje se convirtiese en historia y que la historia se sedimentara sobre el paisaje, identificándose con él. ¡Cuántas gentes extrañas vinieron hasta aquí, unas tras otras! Guerraron por subsistir y perecieron; todas fueron fundidas como los metales en un crisol; de todas ellas se formó la nación española, con su alma característica. ¡Cuánta esperanza de esto a nuestra Argentina, tierra de inmigraciones, y qué lección para los venidos de afuera que aspi-



**H**AY toda una literatura hispanoamericana de viajes por España. A veces no es muy amable, como en los casos de fray Servando Teresa de Mier y de Sarmiento. Pero ésas son las excepciones que siempre confirman toda regla. Porque la regla aquí es el desfile de emociones, de encantamientos, de hechizos completos que España despierta en el ánimo de los hispanoamericanos. Experimentan éstos, al entrar en contacto con los paisajes españoles y con las gentes de España, un deslumbramiento muy parecido al de quien recobra de un golpe algún bien superior que tenía por perdido o que ignoraba.

Toledo es, con Granada, con Sevilla, con Salamanca, de las ciudades que más fervorosos sufragios han ganado en el recuerdo de los hispanoamericanos. Puede recogerse un voluminoso testimonio de amor de América a Toledo, en prosa y en verso. Hoy limitamos esa antología a unas cuantas páginas, firmadas por algunos de los nombres más ilustres en las letras hispanoamericanas del siglo. Alfonso Reyes, Pedro Henriquez Ureña, Jorge Mañach, Rufino Blanco Fombona, Ricardo Rojas, Eduardo Caballero Calderón, Pascual Venegas Filardo, Luis G. Urbina, son los nombres que representan aquí y ahora la emoción hispanoamericana ante Toledo. Los dibujos del artista hispano-cubano Francisco Henares, que fuera catedrático de Universidad y miembro de la Academia Nacional de Artes y Letras de Cuba, completan el testimonio de amor americano a la ciudad prodigiosa.



**ran a mantener sus formas de origen! También en nuestra tierra americana el paisaje se convertirá en historia y la historia sedimentará una cultura nueva sobre nuestro paisaje...**

**Mientras tales cosas pensaba, caía la tarde a lo lejos. Una luz radiante envolvía a Toledo, brillantando sus finos perfiles y sus nobles colores. Ambiente de belleza, sin duda alguna, pero, además, símbolo de elevados misterios políticos y advertencia para todos los pueblos. Como los estratos de un corte geológico descubren la historia de la tierra, los estratos de la historia española están aquí visibles, no sólo en los nombres, sino en los edificios y en las gentes. Diversos cataclismos han entremezclado todo ello, pero el ojo experto puede aún descubrirlo. Bloques de piedra que el Tajo humedece al pasar, y piedras talladas de la ciudad son de una misma especie. Así Toledo entera es una estratificación de la vida de España, el monumento más abarcador de su proceso heterogéneo y terrible; crisol de la tierra ibérica y total emblema de su historia.**

Ricardo ROJAS

## LA NUEVA NUMANCIA

TOLEDO es el Tabor de España. La roca, contorneada por la cimitarra del Tajo, tiende a la tierra firme los puentes de San Martín y la Bisagra, guarnecidos de torres y puertas. Los moros acumularon en aquella ínsula sus palacios y mezquitas. Erigieron un cinturón de murallas para guarecerla. Poblaron las empinadas callejuelas del misterio enervante de sus serrallos. Sus casas, de altos paredones, le vuelven las espaldas desdeñosamente al transeúnte. La líquida medialuna del Tajo, caída en mitad del valle, desafiaba el asalto de los caballeros cristianos en la alborada de la Edad Media. Pero llegó el Cid con don Alfonso, y por el arco de herradura de la muralla entró a la ciudad mora, y a sangre y fuego la bautizó cristiana, purgándola de su pecado original. Transformó las sinagogas en iglesias, la mezquita en catedral, los palacios en fortalezas, y el Alcázar en un tremendo bloque de granito que se empina sobre la colina para mirar el valle. El Alcázar es su corona imperial.

La primera vez que entré en Toledo era en mitad del invierno, y la ciudad, sumergida en la nieve, era el rescoldo de una hoguera. Entré por el camino de Mío Cid cuando llegó con don Alfonso, y ante la ojiva que franquearon le di limosna a un ciego que no sabía cantar romances. El fantasma de doña Cava, encerrado en su chato palacio de piedra, tiritaba a las orillas del Tajo. Volví más tarde, en el verano, para mirar a Toledo crepitar desde los cigarrales. Tirso de Molina lo contempló desde allí y el profesor Marañón, hace unos años, escribió un bello libro, mirándolo desde el Cigarral de Menores. Cita al padre Jerónimo Román de la Higuera, quien decía: «Hállanse en el contorno de esta ciudad muchos cigarrales, así dichos porque en el estío cantan allí muchas cigarras.»

El río estrangula a Toledo en un abrazo, tal como se ve en los antiguos planos de la ciudad, decorados con castillos y barquichuelos. Las casas, las capillas y las torres se descuelgan por la pina ladera. El cubo amarillo de un molino de batán es como un bloque desprendido de la muralla, que hubiera acabado de caer entre el río. Los puentes brincan desde la tierra a la ciudad, y se agarran a la muralla con sus manos de piedra. El amontonamiento de las cúpulas y las torres (tejado de Santa María la Blanca, flecha vibrante de la catedral, cúpula de San Juan de los Reyes, torre de Santo Tomé) pugna por elevarse, y las construcciones se apoyan las unas sobre las otras, hasta irrumpir en el hacinamiento de piedras y arcos desfondados del Alcázar en ruinas. Su historia, como lo saben los toledanos, es maravillosa. Fue, hace veinte siglos, pretorio

romano; hace doce, castillo moro; hace siete, castillo gótico; Alfonso VI, más tarde, lo reedificó y lo puso bajo el comando del Cid; Alfonso X lo flanqueó de cuatro torres; Carlos V lo arrancó, a comienzos del siglo XVI, de las manos feudales de la tremenda doña María de Pacheco, que lo había convertido en guarida de comuneros rebeldes. Finalmente, para recibir con decoro a Isabel de Valois, que venía acompañada de la tuerta Princesa de Eboli, el arquitecto Herrera le dio aquellas líneas nobles y severas que quebró el asedio de 1936. La historia, pues, lo ha cubierto de heridas y cicatrices, desmaterializándolo, transmutándolo en una construcción ideal como la parte alta del cuadro del Entierro del conde de Orgaz. En sus bóvedas, que albergaron a los pobres de otro siglo, cuando el cardenal Lorenzana, bajo los Borbones, convirtió el Alcázar en casa de caridad... Tenga el visitante las ideas que tuviere respecto a la organización del Estado, no puede menos de conmoverse profundamente a la vista de aquellas piedras ilustres, a cuyo abrigo tantos nobles corazones padecieron. Nacieron durante el asedio dos criaturas. La tropa devoró los caballos y las ratas. El general Moscardó, por el teléfono de la fortaleza, dio a su hijo la orden de que se dejara matar a manos de las tropas que lo sitiaban, pues ni a trueque de conservar su vida se avino a entregarles la carroña del Alcázar. Repitió el acto de Guzmán el Bueno cuando arrojó su puñal por encima de las murallas de Tarifa, y convirtió a Toledo en una segunda Numancia.

Lo que debe admirar a quienes hacen mofa de estas cosas extrañas que suceden en España, no es que en estos tiempos de democracia y revolución social se hagan duques y condes como en los tiempos medievales, sino que el pueblo siga fabricando Guzmanes y produciendo Numancias.

Toledo fue la encrucijada de Oriente y Occidente, bajo los Reyes Católicos, y capital de un imperio universal bajo los Austrias, y sede de un Concilio para aplastar una herejía, de todo lo cual conserva vestigios, como una vieja alacena llena de cajones y de secretos. Lo moro irrumpe dentro de lo cristiano a la hora menos pensada. Lo medieval y gótico se asoma por entre las grietas del imperio de la Contrarreforma, cuando ésta se creía más a salvo. El barroco aplasta el ímpetu sereno del Renacimiento. Lo judío se agazapa en la sinagoga convertida en iglesia, y todo eso crepita como una hoguera.

Eduardo CABALLERO CALDERON

## CIUDAD DE LA HISTORIA

TOLEDO es el museo más vivo de España. Un autor, para muchos pasado de moda, pero a quien yo admiro desde mis días juveniles, Vicente Blasco Ibáñez, me enseñó a admirar a Toledo en uno de sus monumentos esenciales: la catedral. No es lo más histórico de la ciudad, pero es algo de lo más expresivo y de lo más artístico. Notables son los tesoros que se encierran detrás de sus muros. Bajo el suelo que ocupa este templo de estupendo estilo gótico duermen los restos de los muros de la principal mezquita de Toledo. Sobre el solar donde los árabes rendían culto a su dios y veneraban la memoria de su profeta se alza esa altiva torre de tres cuerpos, la cual repentinamente aparece al fondo de alguna de esas estrechas callejuelas que se retuercen y ascienden y descienden a través de Toledo. Tras las cinco puertas prodigiosamente esculpidas de la catedral están los tesoros incontables que allí llegó a acumular y a ordenar quien tenía casi tanta autoridad en su tiempo como el Monarca, el Cardenal Cisneros. Arzobispo de Toledo y Primado de España. Para aquel entonces y en años posteriores, la catedral era lugar de culto y de veneración; hoy parece casi como si esto fue-



# TOLEDO EN LOS ESCRITORES HISPANO- AMERICANOS



ra lo segundo y como si lo primero fuera la atracción para el turista...

Toledo fue capital de España. Los años han pasado desde que dejó de serlo, pero nadie podría negar que sigue siéndolo desde el punto de vista espiritual y desde el punto de vista histórico. Nadie puede decir que conoció bien a España, si no ha estado en Toledo. Ni Sevilla con su Guadalquivir, ni Granada con su Genil, son tan esencia de España como esta ciudad con sus calles empedradas, con sus casas cuya edad se cuenta por siglos, con su casa del Greco llena de un clima transparente, con su río incomparable que se estrecha o se abre en vegas generosas en torno a la ciudad.

Sobre una roca se levanta Toledo la inmortal. La emoción hace sobrecoger el espíritu cuando la ciudad se ve alzarse sobre su colina rocosa más allá del puente de San Martín. Asombra contemplar los muros de sus casas. Para nosotros, los hispanoamericanos, una casa con un siglo de existencia es una casa histórica; en Toledo, un siglo es una sombra de un ayer cercano. ¿Cuántos siglos hablan a la historia desde las piedras de la Puerta del Sol o desde la suave penumbra de la sinagoga del Tránsito? Hay que recordar que cuando los árabes llegaron a la ciudad, las capillas visigodas mantenían viva la fe de Cristo, y que sobre esas capillas, los invasores, y culturizadores como fueron ellos, elevaron sus mezquitas; y que más tarde, sobre las mezquitas nuevamente se alzaron los templos católicos.

Dos mil años de historia gravitan sobre Toledo. En ninguna ciudad puede apreciarse mejor ese discurrir del tiempo que en esa ciudad de piedra edificada sobre piedra. La roca es uno de los símbolos de la antigua capital. Esa gran pirámide urbana que es Toledo se eleva como un símbolo eterno en el corazón de Castilla. El sol se derrama a plenitud sobre sus antiguos muros, sobre sus puentes, sobre su río de cambiantes matices: de un verde retoño en los días de meridiana claridad, de un gris azogado cuando las nubes se pasean esporádicamente por un cielo que casi siempre es puro y metálico.

Pascual VENEGAS FILARDO

## LA CIUDAD FANTASMA

**E**STOY sentado en el zócalo de piedra que rodea el centro de la plaza de Zocodover. El reloj, que brilla como un ojo bilioso, en lo alto del arco de la Sangre, acaba de sonar, con sus campanas de voces juveniles, las once de la noche. En la plaza, ya casi sola, se levanta uno que otro árbol escueto. Bajo las portadas vetustas siguen abiertos y vivamente alumbrados los cafés. En lo alto, dominándolo todo, se recorta la masa rectangular del Alcázar. Sus torres puntiagudas pican la plata sideral.

Mi soledad comienza a estar llena de visiones: cuadros hechos con humo de colores se desenvuelven en la obscuridad de la memoria; tumulto de turbantes; vuelos de sedas, matices de alcatifas; el mercado árabe; las zambras; los juegos de cañas y las lizas, y llena de sombra y de relámpagos, la procesión de los autos de fe.

Aquí pasaron todas esas cosas. Y como soy un libresco empedernido, comienzo a sacar papeles de la estantería de los recuerdos, y a hojearlos y a buscar los pasajes que podrían intensificar en aquel instante mi emoción y hacerme más sensible y exaltada la realidad.

Después de media hora me levanto, y a impulsos de mi fantaseadora curiosidad, me decido a perderme en el laberinto y en el tentador silencio de la ciudad. Por las callejas de áspero empedrado que se entretejen confusamente, por los recodos y retorceduras, por las cuestas y descensos del suelo voy, entre la sombra agujereada de cuando en cuando por los amarillentos farolillos, como si fuese por una ciudad vista en un sueño. Mis pasos tienen ecos que se reproducen en la distancia. Todas las casas están cerradas. Las paredes de las fachadas, altas, negras, medrosas.

A la claridad parpadeante del alumbrado distinguiendo, en un lienzo carcomido, en un muro de ladrillos rotos, a lo largo de las aceras, ya un arco románico, ya una puerta ojival, ya un ajimez calado, ya una columna gótica, de capitel pesado, en la clave de un portalón descascarado, un borroso escudo, un bajorrelieve heráldico, una escena mística tallada en granito. Es más lo que adivino que lo que percibo, lo que infiero y sospecho que lo que miro. Sobre esta paz profunda cae el argento de las estrellas. Llego a una plazoleta; me siento en el pórtico de una iglesia, desde el cual puedo alcanzar una parte del panorama. Allá abajo se extiende la negra plazoleta de la campiña, limitada por los collados que tapiza el espeso y obscuro follaje; ya no hay danza de luciérnagas en ella. Oigo el rumor del Tajo, invisible y adormilado. Vivo, por fin, una hora antigua, una hora pretérita, de poesía medieval. Divago a mis anchas por entre recuerdos históricos y poemas y leyendas.

¿Qué se han hecho la vida presente, la agitación actual, la inquietud activa de este minuto angustioso del mundo? ¿Dónde están las noticias de la guerra europea, el estremecimiento de la lucha universal, la preocupación de los problemas modernos, el miedo visionario, la esperanza nerviosa que me sacuden incesantemente el espíritu? Todo se ha desvanecido en esta ciudad fantasma, en esta noche feudal, en este laberinto de calles morunas y palacios castellanos, en esta plazoleta, en cuya tierra gris se alarga ridículamente mi sombra, junto a este paisaje misterioso que la luna envuelve y deslíe.

Luis G. URBINA

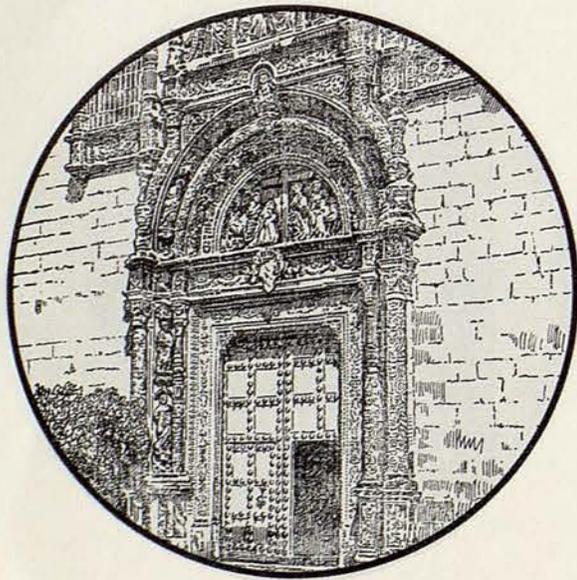
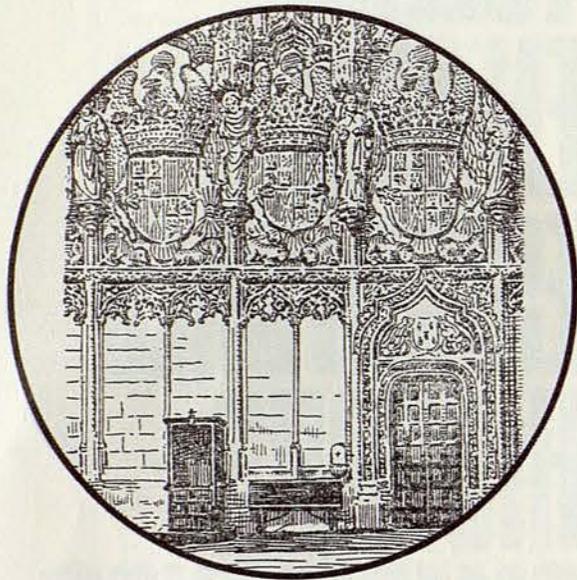
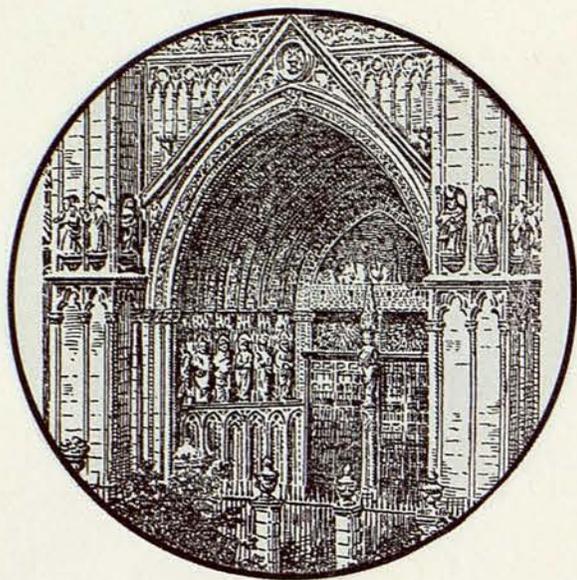
## MI ESPAÑA: TOLEDO

**L**A unidad de Toledo es fusión de contrastes, unión de muchos extremos: la ciudad, murada, aguerrida, típica ciudad de Castilla enclavada en altura; y abajo el río, la vega, los Cigarrales, ofreciéndose como paisaje para la literatura pastoril. Ciudad de mucha historia y con poco espacio para contenerla; ciudad sin dones naturales de opulencia, y obligada a concentrar riquezas por razones de política. Tantas dualidades ¿explicarán el secreto de Toledo, los signos sorprendentes del Greco? ¿Explicarán, por ejemplo, a Garcilaso, guerrero que canta de pastores?

Pedro HENRIQUEZ UREÑA

## TOLEDO: LA INVENCION DEL VENTANILLO

**L** Ventanillo se llegaba por una callecita estrecha y en declive. Tan en declive y accidentada, que habría que bajarla rodando, si no fuera por su estrechez misma. Porque podía uno apoyarse con las manos en las dos paredes a un tiempo. En el fondo, donde hacía recodo la calle, se veía la puerta n.º 13, nuestra puerta. La callecita era oscura, pero la casita luminosa, porque se asomaba como un mirador a la vertiente del Tajo. De modo que, al abrir la puerta, al revés de lo que siempre sucede, la luz del día brotaba del interior y alumbraba la calle. El Ventanillo era nuestro refugio para pequeñas vacaciones de dos o tres días. Lo he aludido en el «Reloj de sol» («La Cucaña»), contando cómo conocí a Eugenio d'Ors. Entre Américo Castro, Antonio Solalinde, José Moreno Villa y yo instalamos el Ventanillo. El más fiel de todos ha sido Castro. En mi tiempo, apenas había las cosas indispensables, y uno que otro objeto de lujo, como una inmensa tinaja de barro en cuyo vientre escribimos:



*Tinaja de Chindasvinto,  
la del muy turgente flanco:  
otros prefieren el blanco,  
pero yo prefiero el tinto.*

*Alusión, seguramente, al buen vinillo de Buena Vista —cultivo de la tierra— con que solíamos rociar las no menos buenas perdices estofadas que comíamos en la Venta de Aires. La Venta de Aires (que los incautos llaman Venta del Aire, sin reparar en que su nombre le viene del nombre del ventero, el claro varón Dionisio Aires) se encuentra al otro lado, en la Vega, no lejos del Cristo célebre por la leyenda que aprovechó Zorrilla (sin duda la imagen de un «descendimiento», que ya tiene descolgado un brazo de la cruz), y no lejos de un cementerio completamente bequeriano, donde rezan unos cipreses probos y oscuros que dan abrigo a nidos de pájaros, en su complacencia de gigantes. Pero volvamos al Ventanillo y tengamos por cierto que no vamos a dar esta vez el largo rodeo por la calle del Hombre de Palo, recuerdo del ingenioso Juanelo, el del artificio que subía hasta Toledo el agua del río: vestigio de las artes mágicas que, en otro siglo, ilustraron a la Imperial Aldea. No: ese camino está bueno para una primera vez, para el que no sabe. Nosotros, los habituados, sabemos que lo más corto es cruzar la catedral, de la Puerta del Reloj a la Puerta de los Leones, y que así salimos directamente sobre el callejón del Vicario, donde está el Ventanillo. La catedral viene a ser la antesala del Ventanillo: sencillamente. Y si el vinillo de Buena Vista se ha trepado a la cabeza, no importa: ya sabemos que el piadoso callejón del Vicario nos ofrece, al alcance de la mano, sus dos paredes. Tal vez nos espere allí el gran toledano ante el Eterno, Angel Vegue y Goldoni. Tal vez Américo Castro habrá dado caza a dos o tres modismos o pronunciaci-ones hasta hoy tenidos por andaluces, y que van resultando, puesto que se cosechan en el propio campo de Toledo, más bien popularismos o modos de hablar de toda una clase española: esto ilustra y corrige un poco lo de los «andalucismos» de América, rectificación a la que mucho han contribuido los trabajos de Pedro Henríquez Ureña.*

Alfonso REYES

## VISITAS A TOLEDO

He visto la «ciudad imperial» no sé cuántas veces, y por feliz azar, a horas diferentes del día, como quizá se debe ver siempre una ciudad para conocerle todos sus humores. La primera vez era yo muy chico. Me llevó a ella mi padre, que era a la sazón notario en Tembleque. Las circunstancias y detalles de aquella visita están muy vagos en mi memoria. Pasaron a ese fondo subconsciente donde se entierran, como en un surco, las nociones e imágenes más tempranas. Y, curiosamente, lo que mejor recuerdo fue el viaje mismo. Entonces se iba a Toledo por tren. El tren era sucio, lento, agrio de olores, y en la diversa compañía, de «segunda», no faltaba el rústico acomodado de chalecón abierto y ancha faja, que encendía cada media hora, con yesca y pedernal, la colilla pendiente de los labios; mujeres que se pasaban el viaje rumiando de una cesta, y algún cura que bisbiseaba sus rezos y alisaba, al mismo tiempo, su sombrero de teja. El tren se iba parando en múltiples estaciones; se detenía largamente en Aranjuez, donde le vendían a uno fresas si era la estación, y los viajeros enterados empezaban a parlotear acerca de las fuentes y los jardines. Cuando al fin se llegaba a Toledo, sentía uno que se lo había ganado heroicamente.

Otra vez vi Toledo, o más bien su bulto y periferia, a la caída de la tarde, de una dorada tarde otoñal. Venía de Tembleque con el pintor Aguiar y con su mujer. De regreso a Madrid, no nos pudimos resistir a la tentación de remontar hasta Toledo, aun sabiendo que sólo podríamos verlo ya envuelto en el crepúsculo. Aguiar tenía especial empeño en

volver a visitar el viejo palacio de Tavera, que yo, por mi parte, aún no conocía. Ni resultó eso, con serlo tanto, lo más impresionante de aquella fugaz incursión. Lo puramente museal y arqueológico se queda siempre como desvitalizado hasta la sequedad cuando lo rodea la presencia viva de lo humano y su huella espontánea. Aquellas salas hoy palaciegas, llenas, sin duda, de evocador señorío, resultaban sólo una excrescencia inerte y parcial de una ciudad que antes de ser nobiliaria fue guerrera, sabia, política y hasta ámbito de artesanos y mercaderes.

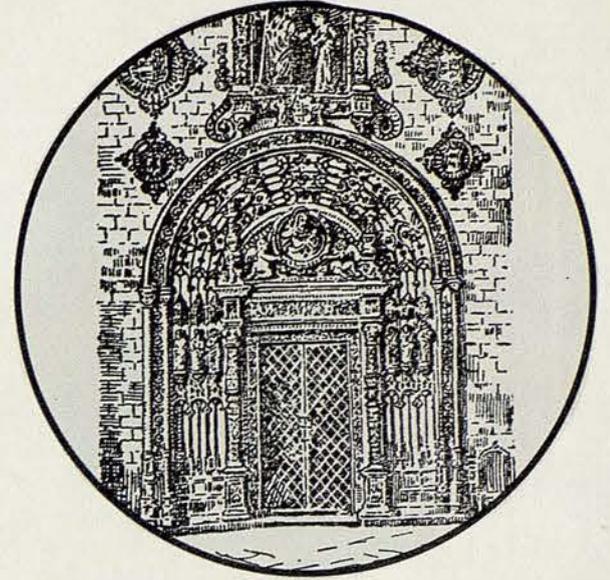
De su primera evocación parece haber surgido ella misma. Cuando se la mira desde lejos, se advierte el sino topográfico que presidió su origen. Un monte enorme en el centro mismo de España, ceñido de un río que casi atraviesa la península, no podía menos de obligar irresistiblemente a esa fundación. Toledo se alza, efectivamente, con una traza fiel al destino en que se había de devanar su secular historia. Es una ciudad «imperial», un exabrupto en medio de la llanura. El Tajo, insólito él mismo en la vasta sequedad, «en áspera estrechez reducido», como canta Garcilaso, la aísla y protege como un cinturón de líquido acero. Del lado de dentro se empujan bruscamente los repechos que la carretera trepa, polvoriento y difícil, ayudada por los puentes. En seguida, la otra guarda de las murallas, no demasiado adustas, como las de Avila, sino con cierta confiada dependencia. Y, por sobre ellas en la perspectiva, el abigarrado tumulto de casas e iglesias, de palacios y conventos, de terrazas y minaretes, todo el color entre blanquecino y dorado de la tierra misma, hasta rematar en los grandes perfiles de la Catedral y del Alcázar, que le ponen a la silueta como su último y más definidor acento.

A la hora en que esto vimos, el ocaso encendía ya los campos. Brillaba el Tajo como una espada. Dormían ya los cigarrales de Tirso. En los barrancos comenzaban a cuajarse unas sombras cárdenas, profundas; pero toda la ciudad parecía dar de sí un halo de oro. Recordaba un poco las viñetas de las mayúsculas góticas en los códices medievales; y, sin embargo, había mucho también en ella de alusión oriental y renacentista: cierta gracia en su fuerza, cierta filigrana en su austeridad. Tenía razón Marañón al proclamarla ciudad fronteriza, avanzada del Mediterráneo hacia los campos de Castilla.

En fin, una de las últimas veces que la vi, me cogió la noche en ella. Acababa yo de visitar con unos amigos la exposición «Carlos V y su ambiente» que, como una de las honras al César en el IV centenario de su muerte, se instaló en el edificio del viejo hospital de Santa Cruz. Al salir de recorrer, durante tres horas, el espacioso ámbito, casi no nos dimos cuenta, al pronto, de que habían caído las sombras, porque unos focos poderosos iluminaban a *giorno* la fachada del edificio, haciendo como un cesto luminoso de su bellissimo portal plateresco. Estábamos ya casi a la salida de la ciudad; pero nos tentó el ver un poco de ella en la intimidad de la noche. Nos dejamos ir, cuesta arriba, hacia la plaza de la Concepción y, luego, doblando inverosímiles recodos, por el dédalo de callejas en que las sombras parecían hacer más altas las fachadas, acentuándolas aquí y allá con la tímida terciaria de los faroles. Al pie de uno de ellos, la luz tenue le sacaba misteriosos claroscuros a una hornacina; más allá, a algún crucifijo, a alguna ventana claustral. Nuestros pasos sobre las guijas y las losas suscitaban ecos que parecían venir de muy lejos. Tanto, que no pudieron dejar de visitarme ciertas evocaciones literarias: las leyendas toledanas de Zorrilla, algún relato alucinado de Bécquer... Sí, aquél era ya el Toledo romántico. Por la noche, se desprendía de su aspecto damasquinado y asumía cierto patetismo no exento de teatralidad.

En lo profundo del cielo, sin embargo, las estrellas nos hacían guiños irónicos, para que no nos dejásemos engañar. Como el resplandor de ellas, la historia de Toledo está hecha de muchos años-luz y atraviesa muchas atmósferas.

Jorge MAÑACH



# TOLEDO EN LOS ESCRITORES HISPANO- AMERICANOS

